

lagroso, como aconteció en otras ocasiones, de que hablaremos adelante. “Admiro vuestra temeridad, le decia un dia un sábio del siglo, en embarcados en semejantes gastos sin saber de donde podreis pagarlos.—Cuento de tal suerte con Dios, respondió el sauto, que haria demoler este templo, si fuera necesario, y haria otro mas magnifico. ¿Quién es aquel que despues de haber puesto su confianza en el Señor, ha sido confundido?” Confesó en otra ocasion, que la divina María le habia prometido el buen écsito de su empresa.

### RECTIFICACION.

El Papa Leon XI no fué quien inmediatamente sucedió á San Pio V, como equivocadamente se dice en el original francés, y se halla en esta traduccion, en la página 80, párrafo 2.º, sino Gregorio XIII.

---

### CAPITULO IX.

Quienes fueron los principales discípulos del Santo.

**F**UE tal la eficacia de los piadosos egercicios que estableció nuestro santo, que los jóvenes mas distinguidos de Roma, se movieron á renunciar el siglo por consa-

grarse á Jesucristo, abrazando unos un órden, otros otro, segun se insinuaba la gracia en sus corazones. Muchos entraron al Oratorio, en donde con el tiempo llegaron á ser hombres de eminente virtud. Otros continuaron viviendo en el mundo, sin que por esto pudiera decirse que pertenecian al mundo, á quien edificaban con su conducta verdaderamente ejemplar. No se tema que al hablar de los discípulos de Felipe, nos alejemos de nuestro asunto principal, que es la historia de su vida; no ciertamente, pues nadie ignora que la alabanza y gloria del discípulo, cede en honra y loor del maestro.

Bautista Salviati, pariente inmediato de los grandes duques de Florencia, descolló especialmente en humildad. Era esta su virtud favorita, y por lo mismo cuidaba de ella muy particularmente: para satisfacerla, visitaba todos los dias los hospitales de Roma, en donde prestaba á los enfermos los mas humildes servicios. Esto dió motivo á una anécdota muy interesante. Fué una mañana al hospital de la Consolacion, y encontró en él á un enfermo, que en otro tiempo habia sido criado suyo: despues de haberle dirigido algunas palabras de consuelo, le rogó que se levantase por algunos momentos. “¿Para qué me he de levantar? respondió este hombre que no podia saber sus designios de caridad.—Para que te componga la cama, respondió Salviati.” Creyó entónces el enfermo que se burlaba de él, y le contestó de mal humor.



“Un hospital no es un lugar de burlas; dejadme en paz os ruego, y no insulteis mi miseria.—No me burlo de tí, amigo mio, le dijo el santo jóven; en verdad quiero hacerte tu cama; no me niegues esta satisfaccion.” Aun se resistió todavía por muy largo rato el enfermo; pero al fin triunfó la humildad de Salviati.

Habia adquirido en sus relaciones con el santo, tal desprecio hácia las cosas del mundo, que sin consideracion ninguna á su estado, andaba siempre solo, vestido como un plebeyo, cuando en otro tiempo salia siempre magníficamente vestido y acompañado de muchos criados. Y no era esto debido á que así se lo aconsejase su director, pues este queria que conservase el decoro y dignidad de su estado y condicion; sino que el jóven seguia en esto el instinto de su profunda humildad. La perfeccion á que llegó en esta virtud, manifiesta bastantemente el grado en que poseyó las otras.

Puede decirse que era ya un fruto maduro para el cielo; y por lo mismo no tardó el Señor en llamarle para sí. Cayó enfermo, y cuando se le advirtió que se acercaba su ultima hora, en lugar de lamentarse, manifestó su contento por estas palabras del Profeta: “*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*” (Ps. 121. 1.). En seguida se entregó al cuidado de su padre Felipe, en cuyos brazos exhaló el último aliento. Despues de su muerte, Portia de Massimi, su esposa, que dirigida por el mismo maestro que Salviati

habia entrado primero en el camino de la perfeccion, contribuyendo no poco á hacerlo entrar igualmente, se encerró en un monasterio, donde acabó santamente su carrera.

Francisco María Tarugi Politiano, pariente de los papas Julio III y Marcelo II, muy notable por la vivacidad de su génio y la amabilidad de su carácter, pero muy extraño á la perfeccion, como lo son ordinariamente los mas jóvenes, quiso ganar el jubileo concedido por Paulo IV, y se fué á confesar con Felipe, quien despues de haberlo absuelto, lo llevó á su cuarto en donde conversaron un gran rato; en seguida le rogó el santo hiciese con él una hora de oracion. Tarugi no tenia uso alguno en este piadoso egercicio; mas á pesar de todo, halló en él tanta dulzura, que esta hora le pareció un momento. Voivió otro dia á ver al santo, y permitió Dios que le encontrase en el aire arrobado en éxtasis. Este espectáculo, de que no habia tenido idea hasta entónces, le hizo tal impresion, que se resolvió á dejar el mundo, y á entrar á la congregacion del Oratorio. Por consiguiente no tardó en volver y descubrió á Felipe su designio, manifestándole al mismo tiempo los formales obstáculos que hacian creer irrealizable su proyecto. “No lo creais, le dijo el santo; dentro de un mes ya no tendreis tales impedimentos.” Cumpliósse la prediccion al pié de la letra: quiso entónces Tarugi hacer una confesion general, despues de la cual cortó todas sus relaciones con



el mundo, y vino á filiarse entre los hijos de aquel que supo conquistar toda su confianza.

Fué tan grande su fervor desde entónces, que su maestro tuvo que contenerlo, en lugar de impulsarlo. Este ardoroso fervor en nada perjudicaba á la paz de su alma; porque segun confesó hácia el fin de su vida, cincuenta años despues de su conversion, nada habia podido turbar su tranquilidad interior: de aquí es que llegó á ser un hombre de grande oracion, hasta el grado de obtener el don de lágrimas. Hablaba con tan irresistible uncion y gracia, que los mejores oradores le tomaban por modelo, y el célebre Baronio le apellidaba con el título de orador apostólico. El papa San Pio V, admirado de su mérito, lo obligó á ascender al sacerdocio, á pesar de la resistencia de su humildad, y le nombró consejero del cardenal Alexandrino en su legacion de Francia, Portugal y España, de que resultó la alianza de estos príncipes contra los Turcos. Mas tarde el papa Clemente XIII, inspirado por el Espíritu Santo, como lo dijo él mismo, le hizo arzobispo de Avignon, no obstante las muchas excusas de su modestia. Su conducta manifestó en efecto que era el hombre á quien Dios habia escojido; porque se opuso como un muro de bronce al torrente impetuoso de la heregía, y gobernó su diócesis como un verdadero apóstol. Fué en seguida elevado á la púrpura cardenalicia, y merced á su resistencia no adornó su frente la tiara de San Pe-

dro, en el conclave que siguió á la muerte de Clemente XIII. Agobiado de años y mas aún de méritos, hizo dimision de todas sus dignidades, y se retiró á su amada casa del Oratorio, en donde murió dos meses despues.

Constancio Tassoni, sobrino del cardenal Bertani, era un jóven muy apreciado en la corte de Roma, le sonreía por todas partes un lisongero porvenir, y parecia imposible pudiera desprenderse de tantos atractivos. Sin embargo, supo Felipe ganar su confianza, le desengañó poco á poco de lo que es el mundo, é hizo de él un hombre espiritual. No tardó desde luego en solicitar su entrada al Oratorio, en donde fué promovido á la dignidad sacerdotal. Desde entónces dió pruebas de tanta virtud, que San Carlos Borromeo le honró con su familiaridad; pero plugo á Dios quitarle prontamente de este mundo, como lo diremos en seguida.

Juan Bautista Modio, médico tan piadoso como hábil, fué tambien uno de los primeros discípulos de nuestro santo. Atacóle una enfermedad mortal que le condujo á las puertas del sepulcro, y su sábio director le puso en disposicion de hacer á Dios, con toda su voluntad, el sacrificio de su vida. En seguida fué Felipe á una iglesia inmediata á pedir la conservacion de su ecsistencia. Una curacion repentina fué el efecto de su oracion, y reconocido Modio á este beneficio que el Señor le dispensó, se entregó á su magestad con mayor



fervor, y avanzó tanto en la perfeccion, que llegó á ser un hombre completamente espiritual, dotado tambien del don de la palabra, por lo que Felipe puso á su cargo referir las vidas de los santos en las asambleas públicas, cuyo ministerio desempeñó toda su vida, con gran satisfaccion de sus oyentes. Tuvo por sucesor, en esta funcion edificante, á Fuccio Tiphernati, otro médico no ménos afamado, que se comprometió á seguir á nuestro santo, cuando quiso emprender su viaje á las Indias. Nunca acabaria yo si me propusiera mencionar á todos los hombres distinguidos de Roma é Italia, que este hábil maestro supo conducir á la mas encumbrada perfeccion.

Y no se crea que por atender á las gentes principales se olvidó de las del bajo pueblo; pruebándolo, entre otros, los ejemplos siguientes. Un tal Estevan, natural de Rimini, despues de haber sido por mucho tiempo soldado, y soldado muy vicioso, vino á parar á Roma, en donde se ejercitaba en el oficio de zapatero. Un dia iba con la multitud al Oratorio de San Gerónimo, é iba casi atrás del concurso manifestándose muy atento á cuanto se hacia y decia. Felipe, sin conocerle, le tomó de la mano y le hizo pasar más adelante. Despues de la plática le fué á buscar, y supo manejar tan bien su corazon, que hizo de él un hombre nuevo. Dedicado desde entonces á estos ejercicios de piedad, rompió los lazos de las malas costumbres, sustituyéndolas con las mas edificantes.

virtudes. Aunque demasiado pobre, aprovechaba lo necesario del fruto de su trabajo para sí, y el resto lo distribuia entre los menesterosos. Era la muerte el asunto de sus ordinarias meditaciones, y trataba cada dia de vivir de tal manera, como si en él hubiera de morir. Sin embargo, esta disposicion de su espíritu no le entristecia; sino por el contrario, llevaba pintada en sus facciones la alegría que inundaba su corazon. La obediencia tenia para él un gran atractivo y aprovechaba, con un verdadero placer, toda ocasion que se le presentaba de practicarla. Para tener mas libertad de ocuparse de Dios, vivia solo en una casa y daba á la oracion un tiempo considerable. Por este medio llegó á un grado muy eminente de virtud que le valió muy grandes favores del cielo, hasta llegar el caso de verle un dia rodeado de resplandores á tiempo que oraba en la iglesia de la Santísima Trinidad. Al cabo de 23 años de una vida tan santa, llegó á la edad de los achaques, por lo que algunos de sus amigos le aconsejaron que no continuase viviendo solo, no fuera á sorprenderle la muerte. “Ya lo tengo previsto, les contestó muy tranquilo. María es mi madre, y conozco demasiado su misericordia para temer que me abandone en ese trance.” No fué vana su confianza. Atacado una noche de un accidente, cuyas consecuencias previó inmediatamente, pudo ir á avisar á uno de sus vecinos del peligro que le amenazaba. Corrió este en busca.



de un sacerdote que le administró los últimos sacramentos, y entregó á Dios su hermosa alma, llena de virtudes y rica de esperanza.

Francisco Ferraris, otro discípulo de nuestro santo, era un hombre muy sencillo y de una pureza admirable, que le mereció del cielo esquisitos favores. Le fué dado algunas veces oír la dulce armonía de los conciertos angélicos: distinguía el mal estado de las conciencias, por cierto mal olor que llegaba á percibir, y poseía en alto grado el don de lágrimas. Ansioso de sufrimientos, nunca le parecía padecer lo bastante: en medio de los tormentos de una cruel enfermedad, pidió á Dios se los aumentase, y ésta súplica le valió su instantánea curacion. No podía ser mayor su caridad para con los pecadores. Se encontró un día con un judío, y fué tal la lástima que le dió, que durante tres años no cesó de pedir á Dios abriese los ojos de aquel miserable ciego. Una caridad tan constante no podía dejar de conseguir lo que pedía. En una de sus visitas al Vaticano volvió á encontrar á su judío á tiempo que le conducían solemnemente á la fuente bautismal, lo que le arrancó abundantes lágrimas de consuelo. Otro día le encontró Tarugi bañado en llanto y no pudo menos que preguntarle la causa. “Estoy meditando, le respondió, en aquel consejo de nuestro Salvador á sus apóstoles, muy propio, á la verdad, para mover cualquier corazón.” “Así que hayais hecho todas estas cosas, les decia, conside-

raos como unos siervos inútiles (*Luc. XVII, 10*).” Estos hombres han sido los mayores santos; ellos convirtieron el mundo; sufrieron cuanto se puede sufrir; y sin embargo debían reputarse como siervos inútiles. Pues bien, ¿quién soy yo, me estaba diciendo á mí mismo; yo que no he hecho bien alguno, ni he sufrido nada por Jesucristo? Esta es, pues, la causa de mi llanto y dolor.”

Otra vez le sorprendió el mismo Tarugi en oracion, y notó que retrocedía de rodillas, como un hombre á quien espanta alguna cosa. La curiosidad le movió á preguntarle la causa, y recibió esta respuesta. “Contemplo en espíritu la grandeza de Dios, y mientras mas la considero mas me agobia; por eso retrocedo espiritual y corporalmente.”....Deténgome aquí ya, no porque halla agotado la materia, sino por no exceder los límites de una justa licencia.

